

¿Qué democracia?

Desde Fraga a Carrillo, todos se empeñan en salvar la democracia. ¿Tan mal está la democracia en España que precisa los excepcionales y extremos cuidados propuestos desde todas las esquinas del espectro partitocrático? Entre los salvadores de la democracia surge ahora, con destemplado ímpetu, el ministro Fernández. Al fin logró imponer al concentrado gobierno de semicoalicción de UCD su peculiar receta para salvar la democracia y proteger la Constitución. Los televidentes le notaron muy nervioso cuando compareció ante los periodistas para anunciar su invención. Parecía un estudiante mal preparado ante un tribunal exigente. ¿Acaso temía que alguien le advirtiera sobre la falta de novedad de su iniciativa y le leyerá alguna página sabrosa de la historia de la II República? ¿O es que le dura la tiritona del enfriamiento político que tanto afectó a su sistema renal?

Cada vez que el ministro Fernández tiene una iniciativa, me echo a temblar. El ministro Fernández fue uno de los *niños bonitos* del franquismo durante el periodo tecnocrático. Lo suelen callar discretamente sus epígonos, pero lo fue. Bien es verdad que dejó tras de sí una huella indeleble de fracasos. Su fugaz paso por la presidencia del INI la recuerdan con aprensión los funcionarios. Reprimió los anhelos reivindicativos de los asalariados, llevó consigo una joven, presuntuosa y sobrepagada clientela, y no hizo nada positivo. La cortesía tecnocrática que le acompañaba se despliega hoy, con pareja voracidad, por los espacios socialdemócratas de la UCD y del PSOE. Cuando se contempla ahora la proclividad democrática de parlamentarios y municipales a exigir austeridad y laboriosidad a los inferiores y a autofijarse pingües emolumentos, no puede por menos de exhumarse el recuerdo de la peculiar filosofía *progresista* con que Fernández irrumpió en el franquismo, al tiempo que triunfaba en los espacios mercantiles del capitalismo nacional, alguna vez asociado con Tamames, y del capitalismo multinacional.

La ejecutoria posfranquista de Fernández no es más alentadora. Con la reforma fiscal se cargó la nueva y extensa clase media crecida trabajosa y heroicamente durante las décadas anteriores, destruyó las economías familiares, apuntilló el ahorro privado, le metió un rejón de muerte al espíritu de iniciativa empresarial, le dio un gigantesco impulso al paro y cebó la inflación. Fue la suya una tacada apoteósica. No está siendo menos eficiente en Justicia. Los *jabalíes* republicanos aparecen en comparación como unos enanitos del radicalismo laicista. ¿Y qué decir de la UCD? Apenas si se sostiene en pie, tras las varias cargas de profundidad que Fernández le ha hecho estallar en plena línea de flotación. El frágil navío de UCD está a

punto de saltar en pedazos, merced al último torpedo de los socialdemócratas.

Mucho me equivoco o no tardaremos en presenciar la escisión de UCD, en paralelo con otra en el PSOE, para desembocar en la formación de una socialdemocracia encabezada por Felipe González. Es lo que se lleva en Europa. Es la consigna secreta de esta hora y la explicación del periplo de *imagen* que la Internacional Socialista le ha preparado al predilecto de Willy Brandt. Existe un documento muy sugestivo que los servicios de Gutiérrez le prepararon a Suárez, en el cual se describen las diversas maneras de alcanzar el objetivo de un *gobierno de coalición*. Todas pasaban por la caída de Suárez. Y de entre ellas, la formación de un nuevo partido socialdemócrata se definía como el recurso último u operación de reserva.

La iniciativa del ministro Fernández de botar con trémolos de urgencia una ley orgánica de salvación de la democracia y de defensa de la Constitución, tiene mucho que ver con el previsible estallido de UCD, la aparición de una socialdemocracia a la europea, el consiguiente reajuste de los grupos parlamentarios, la caída del actual gobierno, la creación de una nueva mayoría, la necesidad de un reconsenso y la inevitabilidad de un gobierno de coalición, no muy dispar de una cierta lista circulada días atrás para otra eventualidad de *democracia con autoridad*. Es lógico que se intente poner mordaza a quienes puedan denunciar, en su momento, la problemática constitucionalidad del mecanismo.

Así las cosas, no debe echarse en saco roto la alarmada reacción del democristiano Otero Novas: «Creo que UCD está legislando y gobernando en contra de la mayoría de la población y por supuesto en contra de la mayoría de sus electores. Esto no es la democracia. Quienes hemos luchado por ella estamos profundamente decepcionados, porque esto es el despotismo ilustrado.» Algunos van más allá que Otero Novas y presumen que esto es el despotismo desilustrado, o tiranía partitocrática. El problema, sin embargo, es de mayor calado y se resume en la rotunda denuncia del ex-ministro de Educación: «Esto no es la democracia.» ¿Y qué es entonces? Pero, además, si «esto no es la democracia», ¿qué es lo que en realidad pretende defender y salvaguardar el ministro Fernández con su flamante proyecto de ley orgánica? La perplejidad adquiere dimensiones patológicas.

No debe estar muy equivocado Otero Novas cuando los socialistas insisten en que uno de los cuatro grandes temas políticos de urgencia (los otros son el terrorismo, las autonomías y la crisis económica) se concreta en la necesidad imperiosa de *democratización del Estado*. Resulta así que, después de dos años y pico de vigencia de la Constitución, no sólo se precisa una ley especial para su protección, sino que, por si fuera poco, el Estado sigue sin ser democrático. El ministro Fernández, sin embargo, se empeña en «proteger el

orden constitucional democrático vigente», en contra de democristianos y socialistas, para quienes no existen, en sentido estricto, ni democracia ni Estado democrático. ¿No es rara pretensión la de proteger lo inexistente y legislar sobre el vacío? Es lo mismo que cazar un gato negro en una sala a oscuras, en la certeza de que no hay tal gato negro. Pero resulta, además, que la Junta de Fiscales de Madrid se negó a firmar una declaración de «acatamiento a la Constitución y a los valores democráticos que en ella se encarnan», en razón de que, según el artículo 16 de la Constitución, «nadie podrá ser obligado a declarar sobre su ideología», puesto que «los valores democráticos y muy particularmente el pluralismo político, forman parte de una ideología determinada». Con razón se extraña Felipe González de que en Gran Bretaña no entiendan lo que sucede en España. Los británicos pertenecen a una civilización racionalista y difícilmente comprenderán las sinrazones de los presuntos racionalistas españoles.

La cosa podría estar más clara si se sabe leer en su trasfondo el capcioso artículo de Arrigo Levi titulado «El evangelio democrático de Juan Pablo II». Además de circunstancialmente italiano, Arrigo Levi es judío, socialdemócrata, logiástico y bilberbergeriano. Descubre, a un mismo tiempo, que «el Papa del Este se ha convertido en el apóstol de la democracia» y que «actualmente las democracias tienen tremendas dificultades para asegurar al Gobierno de las naciones». Y también que «las más jóvenes democracias —Italia es una y España es el ejemplo más reciente— padecen estas tensiones de forma dramática y corren el riesgo de desmoronarse». Oculta Levi que en Italia ha fracasado ya, reiteradamente, la fórmula de gobierno de coalición que en España se ofrece como panacea para salvar o instaurar la democracia, pues a estas alturas ya es casi imposible discernir dónde estamos. Pero más importante me parece poner de relieve lo que Levi sugiere y no dice. O sea, que la democracia del Papa del Este, «al servicio del hombre, y no al contrario», es una democracia muy distinta de la que pretende proteger Fernández, «permanentemente en crisis», según el cínico periodista italojudeo, quien añade que «hay crisis que pueden resultar fatales». ¿Es éste nuestro caso, en grado extremo? ¿No sería más apropiado perseguir la instauración de esa otra democracia de la que el Papa es «la figura pública más carismática»? Resulta, en efecto —y le brindo el tema a Eduardo Adsuara—, que la democracia pregonada por un Papa del Este, como solución a la tiranía marxista, radica en el hombre y no en el individuo. Es carismática y no racionalista. Lo contrario, en fin, de lo que postulan los liberales, radicales y socialistas del Oeste. Y lo más próximo, en fin, a la tradición cultural del pueblo español. Conviene meditarlo.

Ismael MEDINA